

«Llamó a los que quiso»

San Ignacio repite al ejercitante que *pida* «conocimiento interno de Jesús» antes de cada momento de oración. *Conocer a Jesús* por dentro y conocerlo *yo* por dentro.

Llamados (Mc 1, 16-19)

«Venid conmigo». Es la invitación de Jesús a aquellos pescadores. El «conmigo» se convierte en la razón de ser de nuestra vida. Somos llamados a estar con él, a ser sus compañeros. Quedamos asociados a su manera de ser, de hablar, de actuar; a participar con él de una tarea común. Jesús es desde entonces la médula de lo que somos. Lo demás, nuestra tarea, nuestras relaciones, nuestros afectos, nuestro dinero... vale en cuanto está modelado, orientado a él. Nuestro yo profundo está tomado por Jesús. El encuentro con él nos alcanza en el corazón mismo de nuestra autonomía y de nuestra consistencia personal. Esa –y solo esa– es la razón de nuestro entusiasmo. Somos seguidores, que hemos dado con sencillez una respuesta permanente, pero que renovamos cada mañana.

Jesús toma en sus manos nuestro futuro. Nuestro futuro ya no es nuestro. Él se encargará de hacernos pescadores de hombres. Solo desde esta actitud de entrega total garantizamos la coherencia de nuestra vida. Un yo entregado por completo, radicalmente. Porque si lo parcelamos, si dejamos rincones en que no haya entrado la llamada, se abre la puerta a la tentación del compromiso, del arreglo, de la componenda.

Diez, veinte, cincuenta años después de haber sido ordenados, seguimos descansando en aquella llamada de Jesús, en aquel «venid y lo veréis», en el «venid conmigo». Recordar la llamada y abandonarnos al Señor que la sigue renovando cada día supone un alivio en medio del ajetreo, de las preocupaciones diarias y de nuestras propias caídas. Es un tesoro que nos toca conservar.

Amigos (Mc 3, 13-19)

Marcos cuenta que Jesús «llamó a los que quiso... para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios». Dice el cardenal Martini que la traducción más correcta es *Jesús «llamó a los que quería»*; no tanto «a los que quiso» en el sentido de «a los que le pareció bien», sino según la idea hebrea de «a los que llevaba en el corazón». Y es él quien elige, no por ninguna cualidad del llamado, sino por puro movimiento de su corazón. Y ahí, en aquella lista que estaba en el corazón de Jesús, caben nuestros nombres.

«Para que estuvieran con él». Este es el centro de la elección, de la voluntad de Jesús. Sobre este estar con Jesús gira todo la escena. Estar con Jesús es, ante todo, una cercanía física que hará que se reconozca a los apóstoles como tales. Pero va más allá: se trata de identificación con su persona, de comunión de vida con él.

La experiencia de la amistad con el Señor es una de las grandes claves de la espiritualidad. Y es esencial para el presbítero. PDV habla de la «íntima comunión de los futuros presbíteros con Jesús como una *forma de amistad*. No es esta una preten-

sión absurda del hombre» (PDV 46d; cf. OT 8). Juan Pablo II define de la relación de Jesús con el presbítero, de forma arriesgada, como una «comunidad de vida y amor» (PDV 72), ¡casi con los términos que usa el Concilio para referirse a la relación esponsal!

Podemos volver a la figura de Juan el Bautista (cf. **Jn 3, 29-30**), que se entiende a sí mismo como *el amigo del Esposo*, se alegra *precisamente* de ser un personaje secundario por ser quien es el primero: el protagonista de la fiesta, el Esposo, es otro, la esposa no le pertenece a él. Su tarea es prepararlo todo para que disfrute su Amigo. Y su gozo, *escuchar la voz del Esposo*. Juan es quien, entre los ruidos de la multitud, sabe identificar el tono inconfundible de la voz del Amigo. Desde el vientre de su madre había saltado de alegría al sentir que Jesús se acercaba. Es como una versión masculina del Cantar de los Cantares —entendedme, fuertemente viril, como lo es Juan—: *la voz de mi Amado. La voz de mi Amigo. Ese es*.

No es una imagen infantil ni piadosa; se trata de una amistad real, no solo imaginada, con Jesús en la actualidad: *la experiencia personal de Cristo resucitado que acompaña, que convierte nuestra vida en una vida en común con él*. Como en aquellos diálogos de Jesús con don Camilo...

Para trabajar con él

«Los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios». Para que hicieran lo mismo que él, en su nombre. Junto a la persona, indisolublemente unido, el proyecto. Estar con él significa que con él nos conmueva el desvalimiento de la muchedumbre.

La llamada, la vocación, nos ha convertido radicalmente en colaboradores de Jesús. Co-laboradores: trabajamos con él, pero la misión es suya. Él es —aunque nos cuesta convencernos— quien cambia los corazones. Nos quiere con él, pero no sustituyéndolo a él. La pesada carga de la responsabilidad recae entonces, en primer lugar, sobre Dios; no sobre nosotros. Y esto es nos libera, tanto en los fracasos, cuando llega la enfermedad, la incapacidad, el rechazo, como en los éxitos pastorales.

Y somos llamados con otros: nuestro ministerio es solidario. Nadie es presbítero en solitario, somos co-presbíteros. Con algunos compartiremos una amistad entrañable; con otros, posiblemente, no nos entendamos tan bien. Pero no nos unen solo nuestras simpatías ni nuestros puntos de vista comunes. Nos une el mismo Señor que nos ha dicho a todos las mismas palabras: «Ven conmigo».

Como Jesús (Mc 6, 30-34)

A Jesús se le acerca toda la gente rota: enfermos, lunáticos, pecadores. No son la «gente guapa», con la que se charla con tranquilidad, sino la gente que llama constantemente a nuestra puerta cuando no se la espera. Para todos tiene un gesto y una palabra de esperanza: a Jesús *se le conmueven la entrañas* ante alguien que sufre.

PDV animaba a vivir «en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi “devorar”, por las necesidades y exigencias de la grey». Vivir así no es para cómodos...